

¡Forajidos!

Forajidos, es una de esas palabras que poco a poco ha ido desapareciendo del lenguaje común cotidiano, para pasar a formar parte de los relatos de viejas historias vividas por nuestros bisabuelos. Era sinónimo de bandolero, bandido, salteador, criminal o malvado.

No deja de ser sorprendente que, de repente, esta palabra sea rescatada del diccionario para convertirse en el símbolo que ha aglutinado a todos aquellos, que con su protesta, han defenestrado al presidente del Ecuador. Sorprendente, porque en principio, aunque se supone que nadie desea ser identificado como tal, los estudiantes, los jóvenes e incluso sectores pertenecientes de las clases medias ecuatorianas se pintaron tal mote en la piel y la enarbolaron en sus banderas y pancartas, con el orgullo que otorga el sentirse perteneciente a un movimiento (¡el de los forajidos!) que, en un abrir y cerrar de ojos, ha expulsado a un maleante que, nada más y nada menos, el mismo utilizaba tal sinónimo como bandera para detentar un poder despótico y corrupto: ¡el decía también pertenecer a la clase de los desposeídos, de los forajidos!

Lucio Gutiérrez fue quien en realidad desempolvó al forajido para poder malear. Lucio se crió con las historias de los forajidos procedentes del Norte donde todo era atracos a bancos y asaltos a diligencias. Él asaltó al gobierno de la nación y creó una inmensa banda de ladrones, estafadores y corruptores. Tal era su concepto de forajido y así actuó.

Lo que sorprende no es la existencia de forajidos al estilo Lucio, puesto que ya estamos habituados a verlos asiduamente en las pantallas de la televisión o en las portadas de los periódicos y revistas, atracando no ya diligencias, trenes o bancos, sino a países enteros y hasta continentes, sumiéndolos en la más absoluta indigencia. Lo que sorprende es que se proclamen forajidos aquellos que han sido los asaltados, los robados y los expoliados, y los que no tienen en absoluto intención alguna de ejercer tan vilipendiada profesión.

Está claro que las gentes de Quito y por extensión las de todas las ciudades del Ecuador, no han perdido el juicio ni se han vuelto de repente fanáticos del atraco, del asalto ni del robo. Son gentes acostumbradas al trabajo duro que apenas da para ir sobreviviendo. Más de medio millón de ecuatorianos trabajando en España, son una prueba tajante del rechazo general de los



trabajadores a fórmulas de delincuencia como una alternativa a la penosa situación en la que los sucesivos gobiernos de las últimas décadas los han conducido. Por tanto, nadie que esté en sus cabales puede vislumbrar en ellos a ningún forajido.

Forajido es una palabra con mucha historia detrás. De hecho arranca de los tiempos en los que en las afueras de las ciudades se cultivaban extensiones de tierra de forma comunitaria. Eran los tiempos en los que el Capital aún estaba en la incubadora. Las tierras comunales se llamaban ejidos, y aún hay muchos pueblos de España que conservan este nombre. La palabra forajido sirvió para denominar a todos aquellos que fueron expulsados más allá del ejido, y que por lo común, privados de los medios de subsistencia y de trabajo, se vivieron obligados a vivir en los bosques y a malear.

No debería asombrarnos que miles de ecuatorianos se proclamen forajidos. Al contrario, deberíamos admirar su lucidez al comprender, aunque solo sea de manera intuitiva, con esta percepción íntima y profunda de una enorme verdad que tienen los pueblos antiguos y de larga tradición de lucha por la supervivencia, las similitudes entre los desheredados del antiguo régimen feudal y los expulsados de sus tierras, de sus recursos, de sus bosques y de las propias industrias de la sociedad del Capital. Pero las similitudes no acaban solamente en la exclusión del trabajo, de la educación, de la sanidad... Si antaño los forajidos fueron forzados a vivir en los bosques, hoy son forzados a vivir fuera de las ciudades, en lo que se ha dado en llamar cinturones de miseria. Si antaño los poderosos alzaron murallas y castillos, hoy rodean sus villas y mansiones con alambradas electrónicas y cámaras espía. Mercenarios, guardaespaldas y todo un ejército de policías guardan a los nuevos señores de la amenaza de los forajidos del siglo XXI.

No todo son similitudes entre los que ayer fueron forzados a vivir fuera del ejido y los desheredados de hoy que se auto proclaman como tales. De hecho, las semblanzas solo se mantienen en el terreno de la miseria, la marginación y el expolio en el que vivieron los forajidos de ayer y en las que viven los forajidos de hoy.

Pero la Historia no es una eterna reiteración o repetición de situaciones cuyo final ya está predeterminado por unas leyes inmutables. El ser humano, y con él las diversas formas de organización social que ha construido, ha modificado constantemente las condiciones sobre las que los hechos históricos se desarrollan. No es difícil comprender que la miseria y la pobreza generada en el seno de la sociedad



capitalista, apenas tiene alguna comparación con la miseria generada en sociedades anteriores. El hambre, considerada como una plaga bíblica hasta hace tiempos no muy lejanos, ya no está relacionada con los ciclos de la naturaleza; sin embargo, se ha instaurado de forma permanente y creciente en nuestra sociedad, independientemente de los enormes medios existentes para solventarla; y aunque ya no tiene nada de plaga ni de divina, continua azotando a millones de seres humanos como si nuestra Historia pasada fuera una pesada losa con la que estamos encadenados y que nos impide avanzar.

De la misma manera, los forajidos del Ecuador no representan ninguna añoranza ni ninguna semejanza con los forajidos de antaño. Ellos se niegan a ser expulsados del ejido y como fuerza embrionaria que demanda a gritos la construcción de una nueva sociedad están obligados a expulsar a las clases depredadoras que durante siglos han ejercido el poder del Estado. Forajidos, piqueteros, sin tierra... son la expresión de un mismo fenómeno que recorre todo el continente sudamericano con un anhelo común: ¡que se vayan todos! Pero ellos no marcharán. Debemos echarlos.

Oriol, octubre 2005